

¿FUNDÓ JESÚS LA IGLESIA?

Federico Pastor. Presidente de la Asociación de Teólogas y Teólogos Juan XXIII

Cuando yo estudiaba en Roma – no sé si ahora también – las matrículas de los coches oficiales de la Ciudad del Vaticano tenían las iniciales “SCV”, Sacra Città Vaticana. Pero los romanos, diocesanos de esa ciudad, con larga experiencia histórica sobre la iglesia institución y sus vicisitudes de todo tipo, interpretaban las siglas como “se Cristo vedesse”, es decir: “¡Si Cristo lo viese!”. Me ha parecido una forma sugerente de introducirnos en el tema del Congreso para este año sobre la reforma de la iglesia y, también para el que me han propuesto para inaugurar el Congreso de este año: “¿Fundó Cristo la Iglesia?”.

No se trata de un ejercicio meramente teórico y de resolver una pregunta histórica. Si la planteamos es, obviamente, por las consecuencias que la respuesta tiene. Y sobre todo para ver qué tiene que ver con Jesús lo que nosotros a comienzos del siglo XXI llamamos “iglesia”: ¿todo, nada, parte...?

Naturalmente, la respuesta tradicional que aprendíamos los que estudiamos teología hace algunas décadas y que la mentalidad eclesial *neoon* defiende era en líneas generales la siguiente: ¿Cómo no?; evidentemente la iglesia fue fundada por Nuestro Señor Jesucristo y la encomendó a los apóstoles, especialmente a Pedro, para que la mantuviese con su ayuda hasta el fin de los tiempos.

Desde la perspectiva contraria se ha dicho y repetido que Jesús predicó el Reino y luego vino la iglesia, dando a entender que ésta tiene poco que ver con aquél.

Pero las cosas no son tan sencillas ni en un sentido ni en otro. Y hay mucho que matizar.

I

Consideraciones iniciales

Antes de entrar en materia algunas observaciones previas e imprescindibles.

1.- Dividiré la ponencia en tres partes, la primera propondrá una rápida respuesta la pregunta que se me ha planteado para profundizar luego en lo que decía hace un momento sobre la importancia del tema. La segunda la dedico a los aspectos más “espirituales” de la iglesia, más importantes en sí, pero menos pertinentes para el fin del Congreso y la tercera a su vertiente humana que es la que tiene más que ver con el tema que nos ha reunido aquí.

2. En segundo lugar es importante tener presente la tan repetida y poco practicada distinción conceptual entre iglesia comunidad e iglesia institución. A menudo pensamos más bien en la segunda parte. Así por ejemplo apostaría a que sobre el título del congreso de este año todos o casi todos hemos pensado que se refería a la iglesia institución. Y tenemos razón porque las necesarias e imprescindibles reformas tienen más que ver con este aspecto. Pero para responder a la pregunta formulada no se puede olvidar la otra vertiente porque la unión de ambas es muy grande.

3. Y sin que sea lo mismo exactamente también hay que tener en cuenta la distinción entre iglesia espiritual e iglesia humana, lo cual responde un tanto a las divisiones de mi intervención. Naturalmente ambos aspectos son inseparables, pero cabe hacer una división más bien teórica en aras de la claridad. Como se desprende del título del Congreso, tendremos que fijarnos más bien en la segunda

4. Son posibles diferentes enfoques del tema. Pero, dada mi especialidad teológica a la que he dedicado buena parte de mi vida y el puesto que ocupa la Biblia en el cristianismo, voy a preferir presentar el punto desde la perspectiva escriturística o bíblica, aunque sin prescindir por completo de otros detalles.

Hay que dar por supuestos – es materialmente imposible exponerlos aquí - no pocos puntos referentes a la lectura e interpretación de los evangelios en particular y al Nuevo Testamento en general. Si se quieren tocar, tiempo habrá para ello en el posterior debate. Uno muy importante es la forma en que se acepta. No es sólo una fuente para acontecimientos históricos, a lo que puede llegarse haciendo las pertinentes observaciones, sino como fuente de revelación. Ambas perspectivas van unidas como sucede en lo referente al propio Señor Jesús.

5. Prescindiré de la evolución histórica a partir de los tiempos del Nuevo Testamento - año 110 en número redondos – aunque la historia de la iglesia ayuda a comprender y explicar gran parte de las situaciones necesitadas de reforma, no en último lugar la actual. Aprovecho para recomendar la lectura de la historia o historias de la iglesia. Se trata de acontecimientos que han ocurrido y no de especulaciones o teorías. Realmente muchos de los aspectos necesitados de reforma en la vida actual de la iglesia proceden de situaciones históricas. Pero no me toca a mí desarrollar ese punto.

6.- Por último: dado el tema asignado tampoco me corresponde hacer las aplicaciones pertinentes actuales comparando las conclusiones de mi reflexión con la situación presente, lo que hay que cambiar y reformar etc. Si lo hiciera ya invadiría otros aspectos del Congreso. Con las indicaciones neotestamentarias, ya se indica suficientemente, en mi opinión, por dónde tiene que ir la Iglesia.

Únicamente quiero recordar el conocido adagio de *Ecclesia Semper reformanda*. La cosa viene de lejos como también nos recuerda el título del libro de Ives Congar, de feliz recordación, *Verdaderas y falsas reformas de la Iglesia*. Pero eso es otro tema.

I

Respuesta histórica inicial

Para comenzar el tema voy a presentar una respuesta anclada en la historia. En este punto, como en todo lo bíblico en general y lo relativo a Jesús en especial, no pueden ni deben olvidarse los hechos, en la medida en que pueden ser conocidos, para que sirvan como punto de referencia. Luego podrá avanzarse más.

Tomo principalmente como fuentes para esta respuesta las cartas de Pablo, sobre todo las auténticas, los evangelios sinópticos, y el libro de los Hechos de los Apóstoles, hechas las convenientes distinciones históricas, aunque sin exponerlas todas aquí y ahora para ahorrar posibles aburrimientos. Sea suficiente decir que las afirmaciones que hago están contrastadas y fundamentadas en los textos.

Sintetizando bastante se puede afirmar que Jesús reunió un grupo de mujeres y hombres judíos que le siguieron algunos, hasta físicamente, durante su llamada vida pública, aceptaron sus enseñanzas y vivieron en alguna medida según esas enseñanzas, lo aceptaron también en sus pretensiones que incluían considerarse como Mesías, Salvador y singular enviado de Dios; se comprometieron con él, aunque no todos de la misma manera ni con la misma intensidad. Después de la muerte de Jesús dieron testimonio de su Resurrección en la que creyeron y formaron una comunidad en Jerusalén, un grupo inicialmente de quienes lo habían seguido en su vida prepascual, pero que fue ampliándose, primero a algunos judíos y algún tiempo más tarde, a personas procedentes del paganismo helenístico que constituyeron rápidamente la mayoría de los creyentes que, también muy pronto, fueron llamados cristianos

Desde luego no parece que Jesús hablase de una *ekklesia*, - originalmente término civil griego – o asamblea de ciudadanos y mucho menos dotada de todas las estructuras que se daban en ese tipo de reuniones. Pero sí creó un grupo. Hay varios motivos para ello. En términos generales hay que recordar lo que dice la fenomenología de la religión sobre cómo un fenómeno religioso y la fe en cuanto parte fundamental del mismo tienen un componente comunitario esencial e imprescindible. Un creyente, ningún creyente. En realidad todas las religiones se han configurado grupal y no individualmente. En segundo lugar, la tradición semítica e israelita tienen también un acusado sentido comunitario patente en todo el Antiguo Testamento concretado, entre otros muchos lugares, en las múltiples citas de la *qahal Yahweh*, la asamblea de Yahveh. Finalmente Jesús, como heredero de esta tradición religiosa comunitario no llama a personas individualmente, sino, además de hacerlo de ese modo, los reúne en un grupo, o mejor, en varios.

Pero, aparte consideraciones generales, encontramos a lo largo de los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo primero grupos de seguidores de Jesús

vinculados entre sí mediante una fe común y otros vínculos. Todos ellos referidos a Jesús como su fuente y origen.

Algunos han preferido hablar de esos hechos como del “movimiento de Jesús”, lo cual ciertamente es lo menos que se puede decir, pero parece que se puede concretar un poco más especialmente a la vista de la evolución posterior de los acontecimientos. En efecto, un movimiento puede referirse sólo a mentalidades o pensamientos sobre todo, mientras que, en nuestro caso, asistimos a la formación, desarrollo y vicisitudes de una comunidad que va diferenciándose con bastante rapidez de su entorno inicial. Un punto a mi modo de ver lo definitivo es la comparación en términos globales entre los tiempos anteriores y posteriores de Jesús en lo relativo a sus seguidores. Se percibe la aparición de una comunidad de creyentes en él y en su mensaje que previamente no existía y luego sí.

Más que un grupo organizado, Jesús promovió, puso en marcha o reunió un grupo de personas, hombres y mujeres, procedentes de Galilea en su mayoría, judíos, “ma non troppo”, en el sentido de que en esa parte norte de Palestina la observancia de la ley era menos estricta que entre los fariseos y esenios, por ejemplo, más vinculados con Judea y Jerusalén.

Así pues, se puede decir que la comunidad cristiana fue puesta en marcha por el Señor Jesús y que, andando el tiempo, y en un relativamente corto espacio de tiempo esa comunidad se autodefinió como “iglesia” y se concibió de una determinada manera que aparece sobre todo en algunos libros del Nuevo Testamento y, secundariamente en los testimonios de los primeros escritores cristianos, Padres apostólicos y siguientes.

Hay quien dice que Jesús no pudo poner en marcha nada de todo porque pensaba que el mundo iba a durar muy poco, que la humanidad estaba en los últimos días y que faltaba muy poco para la vuelta gloriosa del propio Jesús al final del tiempo. Es lo que en términos técnicos se ha solido llamar inminencia de la parusía.

Se puede estar de acuerdo – y no sólo por esa razón- en lo tocante a que Jesús no pensase en un grupo organizado, pero en cuanto al resto hay diversas respuestas, pero me resulta dudoso si vale la pena detenerse demasiado en ellas. Baste decir sumariamente que nadie en la primera y segunda generación cuestionó que la comunidad de los creyentes tuvo su origen en la actividad y predicación del Señor Jesús.

Y hasta aquí lo que podemos decir con bastante seguridad desde el punto de vista histórico. Todo ello resulta muy conocido para quienes estamos aquí y se trataba sólo de evocarlos.

II

CONSIDERACIONES “ESPIRITUALES” GENERALES

En la segunda parte no pretendo hacer un tratado de historia de la iglesia ni eclesiología, sino recordar algunos puntos importantes también sobradamente conocidos.

Los hay de varios tipos. Unos sirven como modelo y ejemplo concreto para la comunidad cristiana, y otros son más teológicos y nos muestran el sentido de esa comunidad más allá de las vicisitudes históricas. Estos últimos los tocaré brevemente porque, si bien son la base del resto, son menos susceptibles de reforma, que es el tema que nos ocupa y no hemos de perder de vista. Dicho brevemente, en la iglesia hallamos dos elementos, el divino y el humano, a la manera de la persona del Hijo encarnado y para tener la visión completa, hemos de atender a los dos.

Para ello vuelvo a tomar la Biblia, especialmente de nuevo el Nuevo Testamento – realmente yo no sé de casi ninguna otra cosa – pero no sólo como fuente histórica, sino de revelación, aunque resulte imprescindible, como en toda la tradición judeo-cristiana, unir ambas cosas.

Pongo un ejemplo especialmente interesante por lo que aporta en ambos sentidos, histórico y de fe: Hechos de los Apóstoles. Este escrito: no se puede tomar como una crónica de los primeros tiempos del cristianismo – lo que ciertamente no es, porque el protagonista real de ese libro bíblico es nada menos que el Espíritu Santo – pero todavía se pueden extraer, con las debidas cautelas y mediante las pertinentes críticas algunos datos interesantes para la historia tal como he hecho anteriormente. También, bajo su apariencia narrativa, expone datos teológicos importantes: Espíritu Santo y su acción de dirección y expansión en la comunidad, comunicación de bienes...

Dicho esto, podemos hablar de una comunidad de seguidores de Jesús en el sentido mencionado más arriba. A lo largo de la primera generación es cuando surge la palabra *ekklêsia* más en plural que en singular, para designar primero a las reuniones locales de las comunidades tal como aparece en las cartas de Pablo (“la iglesia de Dios que está en Corinto” por ejemplo) y luego, en un sentido más amplio y universal.

La vinculación entre estas personas se centraba en la aceptación y reconocimiento y confesión creyente de Jesús como su Señor y el Mesías anunciado. Posteriormente, y con fundamento, creerían en él como Hijo de Dios. Se trata, pues, de una comunión fundamentalmente espiritual que une con Cristo – recuérdense todas las expresiones paulinas que destacan la unión entre el creyente y Cristo – y con los demás. Sintéticamente: es el Cuerpo de Cristo.

Naturalmente este dato no es nada nuevo. Pero quizás no esté de más recordarlo cuando nos tenemos que centrar necesariamente en tantos aspectos que necesitan reforma y que, por fuerza de cosas, son humanos. Resulta, sin embargo, importante mencionar rápidamente los componentes, por decirlo rápidamente, divinos o espirituales de la iglesia para evitar una consideración meramente de tejas debajo de ella. No en vano decimos en la confesión de fe “creo en la iglesia”, lo que implica que hay un aspecto no perceptible simplemente desde lo humano. Y aunque se haya abusado – y se

abuse - de tal aspecto, especialmente cuando va acompañado de lo que sigue “una, santa, católica y apostólica”, no es razón para prescindir totalmente de él.

Todavía en este orden más bien espiritual hay que mencionar los sacramentos que se usaban en la primera generación: bautismo y fracción del pan. Ambos comunitarios y crísticos a la vez. Como gestos simbólicos son también una representación de la iglesia; son gestos realizados por seres humanos, con elementos materiales, en comunidad - ¡nadie se bautiza a sí mismo ¡ - y unen con Cristo. Baste esta rápida mención.

La comunidad es hasta cierto punto, y un punto muy importante, mediadora entre el Señor Jesús y los creyentes: predica y transmite la fe a quien se abre a ella, y confiere los medios espirituales para vivirla mediante la actividad de sus miembros. Veremos cómo algo más abajo.

Espíritu. Todavía en el contexto de los rasgos más bien espirituales y pertenecientes el campo de la fe hay que mencionar el Espíritu y comunidad. Un aspecto llamativo es que la comunidad está convocada por el Espíritu, actúa mediante el Espíritu y es en gran medida mediadora del Espíritu para sus miembros. De ahí que el Espíritu sea elemento esencial en la vida de la iglesia y haya que estar atentos a sus signos o señales. No en vano el libro de los Hechos prácticamente comienza con Pentecostés, cuya historicidad como acontecimiento y detalles es menos importante que el valor simbólico y de encuadre del libro que tiene a este Espíritu – como he dicho – como su real protagonista.

Se ha reconocido y se reconoce esta asistencia del Espíritu a la iglesia. Pero es preciso precisar un poco. Esta guía del Espíritu no elimina los posibles fallos y errores como muestra abundantemente la historia de la iglesia y mencionaré más adelante. También la guía a las necesarias e imprescindibles adaptaciones según los tiempos y lugares, pero hay que estar atentos para no interpretar mal esa dirección. Hay que reconocer que el Espíritu orienta a la iglesia en sus decisiones a lo largo del tiempo y en las adaptaciones a circunstancias, lugares, tiempos... muy diferentes de los iniciales. Puede hacer y ha habido cosas nuevas.

Pero no está garantizado que todas esas innovaciones sean acertadas y son precisas reformas conforme al modelo original. Tampoco se puede reducir tal asistencia a la jerarquía, y mucho menos, al Papa. Ellos la tienen, pero también los demás miembros de la comunidad.

La Imagen paulina de la iglesia como cuerpo de Cristo no sólo refleja la unión de cada cristiano con Cristo sino la de los cristianos entre sí, la interdependencia y la diversidad necesaria de funciones para que el cuerpo funcione. Esta unión mutua no es por magia ni por ninguna otra cosa, sino por amor, fruto del Espíritu y que lleva, por los carismas respectivos a la acción, o mejor, a diversas acciones a favor de los demás. Mencionados los carismas, es preciso decir que la iglesia es una comunidad carismática, donde la llamada del Espíritu es determinante. Y ese punto, al igual que la tensión

escatológica hacia el futuro, tiene importancia a la hora de plantear las imprescindibles reformas.

III

RASGOS

Apuntados rápidamente los principales rasgos de la vertiente sobrenatural, divina o tocante a la fe de la realidad eclesial, voy a pasar a aquellos otros que pueden resultar más interesantes para el tema del Congreso. También emergen de las páginas del Nuevo Testamento, aunque necesariamente mis observaciones son un poco explicitaciones o interpretaciones de temas que en esos libros está tocados indirectamente. Por tanto son discutibles, pero no carecen de fundamento.

Aquí hay un problema bastante serio. Cuanto más concretos son los puntos, más condicionados están por las circunstancias sociales, históricas y culturales y, por tanto, resultan más complejos de aplicar en otros momentos. Ello ocurre con gran parte de lo que aparece en la Biblia, incluido el Nuevo Testamento Y cuando hablamos de los tiempos iniciales de la comunidad, esa dificultad se hace mayor.

Pero resulta fundamental conocer cómo era esa comunidad porque somos herederos de ella y, sobre todo, porque podemos discernir qué rasgos de ella son fundamentales y cuáles otros han sido frutos – quizás justificados – de la historia posterior y son, por tanto, prescindibles. Hacia el final de mi intervención volveré a este punto.

Misión. Anuncio y predicación. Apostolado. Cabe decir en términos generales que la misión de la comunidad es el anuncio y predicación del Evangelio de Jesús y de su persona. Se trata de dar testimonio de su mensaje, de su vida, muerte y resurrección con todo lo que ello comporta.

Esta misión y los servicios que llega consigo y que mencionaré en el punto siguiente, es llevada a cabo por los hombres y mujeres que siguieron a Jesús u otras personas que se van incorporando a ellos. Son los “apóstoles”, es decir, enviados. No hay que identificarlos necesariamente con los Doce sino forman un grupo más amplio. Por eso es correcto hablar de apostolado.

Es la continuación en el tiempo y en el espacio de la obra de Jesús aunque de manera más amplia. Por un lado porque incluye de forma central la cruz y la resurrección que evidentemente no habían tenido lugar durante la vida de Jesús. Y, por otra parte, de modo universal porque este anuncio y testimonio no se limitan a los judíos y a los límites geográficos de Palestina, sino se extiende a otros lugares y culturas, como muestra una de las profundas intenciones del libro de los Hechos: de Jerusalén a Roma.

Esta ampliación de perspectivas y horizontes no resultó tan sencilla porque no podían referirse al ejemplo de Jesús sino habían de innovar, para lo que resultó decisivo el Espíritu presente en la comunidad. Estos problemas aparecen tanto en las diferencias

de opiniones entre grupos que se ven en algunos escritos paulinos como en las deliberaciones y debates del libro de Hechos.

Ministerios y funciones. La misión no consiste solamente en predicar de palabra. Volviendo a un tema mencionado rápidamente más arriba, el aspecto “divino” de ella se realiza por medio de seres humanos que, además de la predicación, llevan a cabo las acciones portadoras de salvación que el Señor encomendó y que luego recibieron el nombre de sacramentos y con ellas y otras muchas llevan a cabo la misión salvadora de la comunidad. Es lo que llamaron y llamamos ministerios.

En el capítulo 12 de Primera Corintios encontramos la reflexión más grande acerca de este tema y que, con razón, puede extenderse a la iglesia en general. Se destacan varios puntos: el primero es que las funciones ministeriales de los miembros de la comunidad están promovidas por el Espíritu; en segundo lugar que la diversidad de tales funciones no impide una unidad fundamental. Y en tercero que hay diferentes funciones o ministerios, todos necesarios, no todos iguales y de la misma importancia. Son más importantes los que más tienen que ver con la comunicación inmediata del mensaje evangélico y su vivencia.

A este propósito conviene recordar que – por decirlo con el término actual en aras a la claridad – no está especificado quiénes administran esos sacramentos. Normalmente, dadas las costumbres del tiempo, serían varones, pero hay indicios que permiten aceptar que hubo mujeres que presidían la Eucaristía (cfr. lista de colaboradores/as de Pablo en Rm 16, “los de Cloe” 1 Cor 1,11). Más adelante habrá que volver a mencionar este punto.

El culto y la administración de los sacramentos (Bautismo y Eucaristía) aparecen, pero no con la importancia que luego han tenido ni son monopolio de algunos miembros. Por ejemplo Pablo dice que le resulta más importante predicar que bautizar (cfr. 1 Cor 1,14-17),

No hay una reflexión detallada sobre los ministerios. Pero podemos hacernos una idea a partir de la lista que Pablo hace en 1 Cor 12,28: apóstoles, profetas, maestros, personas con poderes especiales, otros que curan, que asisten a otros, que gobiernan o que hablan en lenguas. De manera que no son sólo los que administran los sacramentos sino otros muchos los que tienen funciones en la iglesia. No es una lista completa sino solo orientativa y habrá que ver cuáles eran entonces esas funciones y cuáles son ahora.

Como se desprende del Nuevo Testamento en sus diferentes etapas y libros lo llevan a cabo adaptándose a los diversos tipos de oyentes. El cambio más radical en la comunidad y su anuncio es el tránsito de un ambiente judeo-palestino primero, casi simultáneamente, al judeo-helenístico y luego a otros plenamente paganos, sobre todo helénico también romano, aunque sin excluir otras partes.

Estas adaptaciones pueden parecer obvias, porque tendemos a considerarlos ambientes antiguos muy semejantes. Pero en realidad no fueron tan sencillas como

muestra el mismo NT (polémicas paulinas y discusiones en Hechos). En especial hubo que romper con la tendencia al exclusivismo judío. Sin la asistencia y guía del Espíritu quién sabe si hubieran sido posibles

Adaptaciones no sólo en cuanto a la lengua, sino, en buena medida incorporando concepciones filosóficas y éticas que resultaban compatibles con el mensaje y aun útiles por más elaboradas. Algún ejemplo: las concepciones alma-cuerpo, materia-espíritu... no son originalmente bíblicas, sino “importaciones”.

Estructura. La estructura de este grupo durante la vida de Jesús prácticamente era inexistente o muy pequeña, Había, probablemente un grupo más vinculado con Jesús, llamados los Doce en los Sinópticos – no confundir con los apóstoles ni tampoco con los Doce Apóstoles – otro algo más amplio, a veces llamados los setenta y dos – los números bíblicos prácticamente nunca significan realmente el valor digital – y un círculo mayor de simpatizantes o seguidores.

Más tarde, a lo largo del resto de los tiempos del Nuevo Testamento, a juzgar por los pocos datos que tenemos, tampoco era muy grande. Hubo, como luego diré, algún gobierno local, pero poco más en cuanto a lo que llamamos hoy día “estructura”. No parece que haya mucha preocupación por ella, sino por la transmisión fiel del mensaje de Jesús, del “evangelio” en terminología paulina.

Comunidad de iguales. Predomina la igualdad entre los miembros de la comunidad. A fuer de fieles a los datos, no es que haya muchas afirmaciones expresas de igualdad entre ellos, pero - haciendo abstracción de las relaciones directas de los seguidores con el Maestro que es otro caso diferente – se percibe que los protagonistas de algunas importantes misiones, Pedro y Pablo especialmente, aceptan las intervenciones y aun observaciones críticas de otros, en teoría “inferiores”. Así, por ejemplo “el incidente de Antioquía” entre Pablo y Pedro (Gal) o la llamada a cuentas a Pedro por parte de la comunidad de Jerusalén después del bautismo de Cornelio (Hch). Los dos relatos parecen representar episodios que realmente sucedieron. Es difícil pensar que fueran invenciones dadas sus características.

Ello no quiere decir que no hubiese ciertos puestos revestidos con alguna autoridad, de lo cual ha evolucionado posteriormente lo jerárquico con todas sus consecuencias y hasta abusos. Así los compañeros iniciales de Jesús gozan de un prestigio especial. Ello se puede observar en las menciones que Pablo hace en el primer y segundo capítulo de Gálatas. Particularmente Pedro, al que Pablo menciona en esa misma carta como un cierto punto de referencia. Dada la relevancia que tienen los llamados “apóstoles” en el sentido mencionado más arriba no está fuera de lugar llamar a la iglesia “apostólica”.

También los siete diáconos iniciales tienen una relevancia especial. Su función inicial parece haber sido asistencial, pero luego van cobrando importancia en la dirección y organización de las comunidades, aunque esto parece ser más tarde

En la evolución posterior, todavía en tiempos neotestamentarios, cuando se produce la institucionalización del carisma, estos puestos directivos cobran más importancia y efectivamente se institucionalizan más acabando, a lo largo de los siglos y con la evolución histórica posterior, en las distintas situaciones que conocemos.

Un aspecto muy importante es que la relevancia de esas personas no es por mero mando o imposición, sino por “autoridad” la *auctoritas* clásica, referida en este caso a su contacto con el Señor Jesús. Es decir, capacidad y competencia, de esas personas para transmitir de modo correcto el mensaje del Maestro y aplicarlo a las circunstancias a las circunstancias.

Casi no gobierno. Colegialidad/democracia. En el Nuevo Testamento la comunidad de la iglesia apenas tiene estructuras de gobierno. Ciertamente el grupo de los Doce, o algunos de ellos al menos, ocupan un puesto de dirección al que se añaden personas como Pablo, Bernabé o algunos otros más o menos conocidos. Por lo que aparece en algunas cartas de Pablo, especialmente en Primera y Segunda Corintios y Gálatas, su misión es desde luego anunciar el mensaje evangélico y vigilar de que no se pervierta o se aplique mal a la vida de los miembros de la comunidad.

En las comunidades parece haber un grupo dirigente que toma algunas decisiones en ciertos casos. Pero no parece desempeñar una función decisiva en la vida de la comunidad. Se cuenta con que la dirección del grupo o de los grupos tiene sentido, pero resulta significativo observar que en la lista de ministerios de 1 Cor 12, 28-30, que está ordenada conscientemente, el gobierno ocupa un modesto penúltimo puesto.

Vale la pena una alusión a Pedro y su ministerio, supuesta la evolución posterior del papado. Efectivamente Pedro aparece en el Nuevo Testamento en un puesto especial, reconocido hasta por el propio Pablo y, aunque menos explícitamente, en otros lugares. Pero no es el comandante absoluto de la comunidad y a menudo aparece en unión con otros apóstoles como Juan y Santiago.

Un punto un tanto sorprendente a la vista de lo sucedido en los últimos siglos sobre todo es el carácter un tanto democrático de algunas decisiones. No es que haya votaciones, pero se delibera colectivamente vg. sobre la elección de Matías, aunque luego se echen suertes y se discute o el mismo “Concilio de Jersusalén” de Hechos y Gálatas. Y una persona tan llena de su misión y provista de un carácter ciertamente fuerte como es Pablo, se cuida mucho en todas sus cartas de presentarse acompañado por otros como Silas, Tito, Timoteo u otros. Nadie tiene el monopolio del Espíritu.

La colegialidad es, pues, una característica importante de la iglesia primitiva.

Universal. Una de las características de la primera comunidad más originales respecto a su ambiente original es su apertura hacia otras gentes. Se desvincula de toda pertenencia genética o étnica, así como religiosa para aceptar en su seno a personas de todas procedencias. En relativamente muy poco tiempo para los parámetros del tiempo

los cristianos predicarán a gentes de otros pueblos y culturas, samaritanos, romanos, sirios, griegos... y los acogerán sin ponerles otra condición que la aceptación de la persona y el mensaje de Jesús, de creer en él como dicen. Es más incorporan muchos elementos culturales y éticos de otros ambientes diferentes del judío, aun sin renunciar a los propios. Los nombres propios que hallamos en la correspondencia de Pablo dan testimonio, claro por lo indirecto y no ideologizado, de que nos hallamos ante una comunidad del todo mixta.

De mujeres y hombres. En este terreno de lo mixto y de la igualdad, quiero hacer una referencia especial a hombres y mujeres y sus puestos y funciones respectivas en la comunidad. Ya ha quedado apuntado en algunas ocasiones anteriores, pero vale la pena desarrollarlo un tanto por lo poco apreciado que ha sido y todavía es fuera de los círculos feministas.

Es claro que en este campo la influencia cultural, machista concretamente, se hace muy palpable y es necesario tener en cuenta ese matiz para calibrar lo mejor posible las aportaciones de los textos., pues precisamente tener presente ese ambiente general, especialmente en el ambiente judío, hace valorar más los avances que la comunidad introduce en este campo. Ye Jesús en su vida prepascual rompió un poco los moldes machistas del judaísmo admitiendo mujeres entre sus seguidores y tratando con ellas en un cierto plano de igualdad.

Pero entrando un poco en la primera generación encontramos que alguien tachado con mucha injusticia de machista como Pablo, tiene prácticamente tantas colaboradoras como colaboradores. Romanos 16 nos da muchos de sus nombres, prácticamente tantos como hombres; y a una de ellas, a Junia, se la cuenta entre los apóstoles (Rom 16,7), Priscila parece ser más significativa en la tareas evangelizadoras que su marido Áquila, “los de Cloe” es la forma de designar a los enviados de Corinto (1 Cor 1 Cor 1,11), lo que indica la importancia de esa mujer en la comunidad Evodia y Síntique, Trifena y Trifosa... son algunos nombres que noas muestra la importancia de la s mujeres. Así como el hecho de que en la comunidad paulina pudiesen orar en voz alta y públicamente (cfr. 1 CorY Lucas, en su evangelio y Hechos prosigue un modo de proceder semejante. Evidentemente no se llega a una igualdad entre géneros, imposible de concebir y realizar en aquel tiempo. Pero el avance es considerable. Tanto que se aprecia un retorno al machismo tradicional en algunos escritos neotestamentarios, como las Cartas Pastorales. Sin embargo subsiste una cierta tradición feminista perceptible en algunas corrientes gnósticas del siglo II, lo que indica lo profundo de la transformación primera.

Una y plural. Observamos una seria preocupación por la unidad entre los creyentes. Es unidad más relacionada con el vínculo del amor, preocupación y solidaridad, aun económica, entre ellos, que por uniformidad de formas, ritos o formulaciones.

No es que no haya un núcleo de enseñanza básico susceptible de pervertirse, como aparece en varios escritos paulinos o joánicos, pero ese núcleo parece ser reducido

Abierta, progresista, liberal. La predicación y mensaje de Jesús supusieron una radical novedad religiosa y social en su ambiente social y religioso. En la misma línea la primera comunidad representa un rompimiento con los parámetros religiosos judaicos y aun gentiles. Es una comunidad abierta a todas las gentes, sin distinción de raza, género o condición social.

Curiosamente es también progresista e innovadora respecto a los moldes religiosos judíos. Se apela a lo esencial sin importar tanto las formas concretas como la circuncisión o la observancia de la ley. Y lo esencial es el amor a Dios, al Señor Jesús y a los demás.

Tradicional ma non troppo. La apelación y recurso a la persona, vida, y mensaje de Jesús es fundamental en todo el ambiente de la primera generación. Es algo evidente, porque no se trata de inventar una religión nueva sino de atenerse a lo que Jesús puso en marcha. En ese aspecto es una comunidad tradicional y hasta conservadora.

Pero ello no impide la incorporación de personas y elementos nuevos que, a primera vista, no tienen que ver mucho con Jesús. Así el cristianismo naciente se adapta e incultura en el helenismo, ampliando las bases que ya tenía en tiempos de Jesús. Y no sólo en ideas, sino también en instituciones y personas, empezando por el mismo término de *ekklesia*.

Comunidad de pobres y excluidos. No hay que echar mano sólo de Primera Corintios o de restringir lo que allí dice Pablo a la composición social de esa comunidad para caer en la cuenta de que la iglesia primitiva, recoge la clara opción de Jesús por pobres y excluidos de todo tipo. En efecto, la primera comunidad, sin estar cerrada a nadie por principio nos muestra un tipo de creyentes pobre, desprovisto de poder social o, con palabras de Pablo, sin “vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles” (1 Cor. 1,26), lo cual indica que no se trata sólo de pobreza física, sino de exclusión social más general. Y tampoco tenemos razones para creer que en otras comunidades las cosas fueran demasiado distintas aunque hubiese diferencias lógicas. Puede decirse sin gran temor a equivocarse que las primeras generaciones cristianas estaban compuestas principalmente de personas sencillas y pobres, de esclavos y gente parecida.

Comunidad de bienes. Sobre la puesta en común de los bienes materiales la expresión más explícita es la Hch 4,32-35. No se trata de un dato plenamente histórico, como si en la comunidad de Jerusalén no existiera propiedad privada, pero precisamente por ello tiene mayor valor porque se trata de un ideal al que ha de aspirar toda comunidad cristiana.

No sólo los individuos; la misma comunidad parece pobre. No tenemos afirmaciones concretas sobre este punto, pero el modo de proceder de esa comunidad parece claramente alejada de la riqueza y el poder y no contar con ellos para llevar a cabo su misión.

La primera comunidad no estaba fuera del mundo. Lo económico tenía su puesto. Pablo no quería ser gravoso a nadie y trabajaba para mantenerse, igual que cristianos como Priscila y Áquila. También solicitaba ayudas pecuniarias para necesitados (cfr. 2 Cor 8 y 9)

Perseguida. No faltan en diversos lugares del Nuevo Testamento alusiones a persecuciones y malos tratos sufridos por los primeros cristianos. No me refiero tanto a las persecuciones por parte de los emperadores romanos que no se conocen por el Nuevo Testamento, sino, más en pequeño, por las llevadas a cabo por autoridades locales de los lugares de Oriente Medio o donde estaba implantada alguna comunidad cristiana durante la primera y segunda generación a las que aluden algunos escritos del N.T.

El Apocalipsis, despojado de toda su parafernalia, es en gran parte, un alegato para fomentar la esperanza de alguna comunidad o comunidades perseguidas por parte de las autoridades, asegurando la victoria final de los cristianos.

En los primitivos ambientes judíos, Jerusalén en particular, pueden imaginarse con relativa facilidad las razones por las que los dirigentes judíos, algunos de ellos al menos, no miraban con simpatía a los cristianos. No se desarrollan las razones por las cuales las primeras comunidades fueron perseguidas, aunque los datos de Hechos referentes a Esteban, Pedro y Pablo sobre todo hayan de ser sometidos a crítica. Pero los datos fundamentales permanecen, como la ejecución de Santiago Zebedeo por parte de Herodes y las amenazas a algunos predicadores que les obligan a abandonar Jerusalén. En efecto, los cristianos representaban una cierta escisión del judaísmo.

Al principio no se percibió tanto este punto, pero en relativamente poco tiempo se llegó a una separación completa de sinagoga e iglesia. En el tiempo intermedio hubo fricciones y roces entre cristianos y judíos. Pablo es un testigo de ellos

Menos comprensible, en cambio, es que autoridades romanas se enfrentaran con los cristianos, supuesto que todavía eran una auténtica minoría y el imperio romano era tolerante con las diferentes religiones. Pero, fuera del caso coyuntural de Nerón, las persecuciones por los romanos hay que colocarlas muy a finales del siglo I (tiempos del Apocalipsis) y en el siglo II. En todo caso queda claro que la iglesia ha de contar con antipatías y persecuciones por parte de instancias externas si es fiel a su misión.

Defectos. El Nuevo Testamento no disimula los defectos de esa comunidad y de sus miembros, aunque no insista en ellos. No quiero recordar ahora las incomprensiones de los discípulos inmediatos de Jesús durante su vida, las cuales vienen menos al caso. No está, sin embargo, de más destacar que el respeto y la aceptación de las diferentes jerarquías no están reñidos con el reconocimiento y aun censura de sus fallos. Hablamos mucho de la negación de Pedro, pero no solemos aplicar el mismo criterio a sus sucesores. Y casi nadie hoy en día tendría el valor de enfrentarse con el sucesor de Pedro como hizo Pablo con el propio Pedro tal como he mencionado más arriba.

En el proceso de tránsito hacia el mundo helenístico que he señalado arriba, no sólo se produjeron adaptaciones oportunas y necesarias. También hubo contagio de ciertas deficiencias como, por señalar una, la consideración negativa de lo material y sobrevaloración de lo espiritual, típica de la mentalidad helénica y que tanto ha perdurado en la historia de la iglesia con algunas consecuencias realmente nefastas.

CONCLUSIÓN

Esta visión nos acerca a la realidad de la comunidad cristiana del siglo I tal como aparece en el Nuevo Testamento, aunque natural e inevitablemente hay un tanto de subjetividad en la exposición. Subjetividad que he procurado reducir todo lo posible.

No pretendo que los datos y pensamientos que han ido apareciendo hayan de ponerse en práctica tal cual. Han pasado veinte siglos y épocas, circunstancias y personas son muy diferentes y hemos de vivir nuestra fe adaptados a las nuestras. Además no se puede ni se debe hacer tabla rasa de casi dos mil años de historia y evolución, aunque no se tome como criterio ni podamos anclarnos en el pasado.

Para terminar y a modo de sugerencia recojo dos de los rasgos mencionados más arriba: podemos tomar como ejemplo el tránsito de la comunidad judeo cristiana hacia el mundo helenístico con las adaptaciones que se hicieron y que apuntaba más arriba. Ese tránsito no fue mucho más pequeño del que se nos plantea a nosotros. Lo esencial es que se hizo bajo la guía del Espíritu y con audacia y valentía para escuchar su voz y ponerla en práctica. Tenemos una tarea importante: corregir tanto los defectos que se han ido dando en nuestra iglesia y continúan en ella y liberarnos de tantos pesos muertos en muchos campos que nos agobian; árboles que impiden ver el bosque.

Hay que discernir cuanto que procede de los primeros tiempos cristianos y está avalado por el Nuevo Testamento y lo que ha sido fruto de la historia posterior y de situaciones concretas y que, por tanto, es modificable en función de nuevas circunstancias y situaciones, aun cuando esté muy introducido en la mentalidad y costumbres de no pocos cristianos actuales como vg. la vinculación obligatoria en la iglesia católica occidental entre presbiterado y celibato. Es cuestión de sentido común y de buena voluntad comunitaria discernir cuáles de los rasgos expuestos tienen vigencia hoy en día y cuáles no y en qué medida; cuáles son los irrenunciables, en cuáles se han dan producido deterioros y necesitan reforma etc.

A la luz de cuanto se desprende de lo anterior hay que revisar la iglesia actual, sus estructuras y procedimientos, así como la evolución que ha ido sufriendo desde sus comienzos y con esta revisión y, en su caso, reformas, conseguir no traicionar lo que Jesús puso en marcha y acercarlo lo más posible a lo que él pretendió.

El Vaticano II resulta especialmente práctico para esta tarea, sobre todo por la *Constitución pastoral sobre la iglesia en el mundo actual*. Se trata de llevarla a la práctica, lo que en esos tiempos de marcha atrás eclesial en muchos puntos, no es cosa fácil. Pero tenemos esperanza y para eso estamos aquí.

